

EL TALLER DEL ERMITAÑO

Pendiente de acuerdo con el lettering o diseño del ilustrador.



Norma Muñoz Ledo

EL TALLER DEL ERMITAÑO

**Pendiente de acuerdo con el lettering o diseño del ilustrador.
De no contar con ese diseño más adelante,
podríamos usar las fuentes que propuse para el lomo.**

loqueleg[®]

Incorporar la siguiente leyenda antes del ISBN:

Esta novela se escribió con el apoyo del Sistema Nacional de Creadores de Arte.

loqueleo®

EL TALLER DEL ERMITAÑO

D. R. © del texto: Norma Muñoz Ledo, 2021

D. R. © de la cubierta y el cartel: Saner, 2021

D. R. © Editorial Santillana, S. A. de C. V., 2021

Av. Río Mixcoac 274, piso 4, col. Acacias

03240, México, Ciudad de México

Primera edición: diciembre de 2021



ISBN:

Impreso en México

Reservados todos los derechos conforme a la ley. El contenido y los diseños íntegros de este libro se encuentran protegidos por las Leyes de Propiedad Intelectual. La adquisición de esta obra autoriza únicamente su uso de forma particular y con carácter doméstico. Queda prohibida su reproducción, transformación, distribución y/o transmisión, ya sea de manera total o parcial, a través de cualquier forma y/o cualquier medio conocido o por conocer, con fines distintos al autorizado.

www.loqueleo.com/mx

 **SANTILLANA®**

El corazón es un órgano pequeño, y aun así trae mucho bien y gran mal; de él vienen buenos y malos versos, epitafios y sonatas, obras y más, églogas y cartas calumniosas. Es el junque sobre el que el mal forja sus flechas y la generosidad mezcla sus benéficas panaceas; el altar sagrado donde los afligidos ofrecen sus gemidos piadosos y los gozosos, sus exultantes cantos de alabanza; es el laboratorio de la amistad activa y el taller del ermitaño donde el amor confecciona sus deseos silenciosos, sus lánguidos suspiros, sus penas dulces y secretas, y las esconde bajo sus alas...

Matthias Claudius

IBAN DE IZOTEPEC A TLACOTEPEC

Esta novela está inspirada en un hecho real: Catalina daba clases en una comunidad del municipio Heliodoro Castillo, en la sierra de Guerrero. Encontró la muerte en un fuego cruzado, en un punto que se denomina Naranjito, cuando un domingo fue con otros instructores comunitarios a comprar sus abastos a la cabecera municipal.¹

¹ <http://www.sinembargo.mx/16-05-2012/234326>



PARTE I

EL CORAZÓN DE ANDREA

[Ver fuentes en mail](#)

Andrea disfruta el agua fresca que cae desde la jícara sobre su piel, llevándose el sudor de todo el día. Lavar su pelo es lo más difícil, ¡lo tiene tan largo! Luego lo seca y lo peina, mientras canta quedito. De repente se oye la voz de Heriberta, preguntándole por sus niños. La sonrisa de Andrea al verla me hace saltar. La mirada de Heriberta le recuerda la de su mamá, sus ojos miran igual. Mientras Andrea le cuenta cómo van sus hijos en la escuela, entra Chelín, como le dice ella. Se llama Jocelyn y tiene seis años. Se acerca a su maestra y se sienta en sus piernas. Andrea le hace cosquillas en las plantas de los pies descalzos, la risa de Chelín me gusta. Heriberta platica y sonríe, casi tanto como Andrea, pero no igual que ella.

La sonrisa de Andrea lo ilumina todo. Cuando ella sonríe, los demás también lo hacen, aunque estén de malas. Heriberta

y Chelín se van, y Andrea vuelve a cepillar su pelo lacio, con tanto calor ya casi está seco, y eso que lo tiene hasta la cintura. Se oye un silbido afuera del cuarto donde duerme. Lo reconozco y doy un brinco, Andrea sonrío y todo dentro de ella se estremece de alegría. Luego se escuchan esos pasos que parecen bailar al ritmo de la música que hay en sus ojos. Sé que Brayan está en la puerta por su sonrisa infinita y radiante, que le da calor a todo, empezando por mí. Siempre sé cuando Andrea lo mira, aunque él no se dé cuenta, por la calidez que me llena, por la risa que se esconde atrás de su mirada, atrás de sus labios y que baila dentro de mí con cada latido. Brayan acaricia la mejilla de Andrea.

—Qué rico hueles —le dice y le da un beso.

¡Aaaaaah! Sus besos. Si él supiera cómo vibramos todos cada vez que la besa, lo haría todo el tiempo. Y él vibra igual, lo he sentido cuando la tiene cerquita, abrazada, y su corazón y yo latimos juntos, veloces, contentos. Se tumban en el catre y platican entre un beso y otro; del día, de los niños, de la familia que extrañan, de la escuela a la que volverá Brayan, de lo que hará Andrea cuando regrese... Hablan de todo, como si hubieran pasado años desde la última vez que se vieron y no sólo un rato. “¿Te vas a casar con Brayan?” le preguntan los niños. “No sé, no sé”, contesta siempre Andrea, pero yo sé que eso es lo que más quiere. Ella es maestra de los de primaria, que son ocho. Y él, de los de secundaria, que son siete.

Hoy les darán de cenar en casa de Heriberta, como casi todas las noches. A ellos y a dos maestros que trabajan en otro pueblo, cerca de aquí. Heriberta y su marido Genaro los llaman cuando está lista la cena, pero hoy todavía no lo han hecho. Los estómagos están vacíos y los besos no alcanzan para llenarlos.

—Tengo hambre —dice Andrea.

En eso se oye un motor. Seis disparos muy cerca del jacal de Andrea le roban el aire y también a Brayan, que de inmediato apaga la linterna. Seis estallidos que dejan los oídos zumbando y a mí, corriendo como loco. Brayan abraza a Andrea, ambos se quedan callados. En la oscuridad y el silencio siento los latidos de su corazón, tan asustados como los míos. Una voz ronca arroja a la noche un grito retorcido:

—¡Que les quede claro, cabrones! ¡Aquí los únicos que les compramos la goma somos Los Tejones! Si sabemos que se la venden a otros, los chingamos a todos, ¿les quedó claro?

Más disparos. Ante el silencio humano, sólo ladran los perros. Pasa el tiempo. Los cuerpos sudan frío, la adrenalina disminuye, mi carrera también. Brayan y Andrea ya no prenden la luz. Se oyen pasos cautelosos afuera y un susurro de Genaro:

—¿Andrea...?, ¿estás bien?

—Sí, Genaro —contesta en voz baja—. Aquí está Brayan conmigo.

—Salgan ahorita, sin luces —ordena Genaro.

La piel de Andrea se enchina de miedo mientras camina al cuarto de tablas de madera donde viven Genaro, Heriberta y

sus hijos. No hay luna, no ve nada; se oyen los murmullos de algunas casas y el arroyo cercano, que tiene poca agua. “Por aquí”, les indica Genaro en la oscuridad. Andrea se acomoda al lado de Brayan, cerca del anafre, se siente el calor en las piernas. Los carbones encendidos son la única luz del cuarto. Heriberta está muy asustada, su respiración es desacompañada. Y sus hijos están mudos de miedo. Chelín viene con Andrea, se sienta en sus piernas y la abraza, ella acaricia su cabeza y la recarga en su pecho; su corazón late junto a mí sin alegría, como si sus latidos vinieran de un agujero profundo.

—Ya viene la raya —comenta Genaro—. A ver cómo se pone, Los Mezcaleros también quieren la goma.

—Pero siempre se la hemos vendido a Los Tejones —comenta Heriberta con la voz descompuesta, mientras sirve los platos. El olor de sus frijoles nos anima a todos.

Antes de dormir, Andrea trenza su pelo en la oscuridad y se acurruca en su catre, temerosa. Recuerda a su mamá y de inmediato la siento: sus ojos alegres, sus brazos gruesos, sus apapachos largos y tibios. Ella no quería que Andrea se fuera de maestra a la sierra. Si quería ser maestra rural, que se fuera a la Normal Vanguardia en Tamazulapan, a la sierra no. Pero Andrea estaba empeñada en irse desde antes. Y más aún cuando supo que Brayan, que ya estaba en segundo año en la normal, sí se iba.

El papá de Andrea es serio, de pocas palabras, pero yo sé cuánto la quiere. El abuelo había estado en la lucha del profesor

Lucio Cabañas, por eso él no tenía tanto miedo como su esposa: si la niña quería irse a la sierra, que fuera y viera, para que nadie le contara. Él sabe, igual que yo, que la sonrisa de su hija —que lleva el sol hasta los corazones más recios— es su espada y su escudo.

Olivia

Ver fuentes en mail

Se había levantado temprano para disfrutar su té negro de cada mañana. Lo saboreaba despacio, mirando hacia los árboles del estacionamiento de Villa Olímpica, cercanos a su ventana. Una niña con trenzas había sacado a pasear a su mascota, un cerdo negro. Olivia sonrió, el animal y la niña le caían bien, aunque siempre se preguntaba quién querría un puerco por mascota. Terminó su té, suspiró y le echó un ojo a su agenda, siempre llena, con tachones, notas en todas direcciones y dibujos de caritas que denotaban lo que sentía por algunas de las actividades. La clase de pintura, a la que debía llegar en una hora, tenía ocho caritas felices. El entrenamiento de basquetbol, dos, y la tarea de Termodinámica química, una carita de ojos en cruz y la boca con la lengua de fuera. En la cita con Inés y Pablo en *el* bar coyoacanense

—era *el* porque siempre iban al mismo— había una gran cara sonriente.

Olivia tenía secretos. Probablemente más que la mayoría de la gente. Su gran secreto era que hablaba con su papá a diario. Y no sólo una vez, sino varias veces al día. La cosa era que su papá había muerto en un accidente, casi siete años atrás. Con frecuencia se preguntaba si no era extraño seguir hablando con él después de todo ese tiempo, pero bastaba una sacudida de cabeza para que la duda se fuera volando. No sabía si él podía oírla, pero ella estaba persuadida de que se comunicaba con *algo*, y ese algo la escuchaba.

Obviamente no era un diálogo de tú a tú. Era más bien una conversación con sus memorias. Casi siempre ella era una niña, a veces pequeña, a veces la casi adolescente que era cuando él murió. Rara vez era la Olivia de veinte años que veía todas las mañanas en el espejo del baño. Mientras revisaba que sus pinceles, godetes, acuarelas y sus cuadernos con hojas de algodón estuvieran en una bolsa, y en otra metía shorts, tenis y una camiseta, recordaba una ocasión cuando tenía seis años y vio a su papá empacar su maleta, antes de alguna gira: “Cuando sea grande, voy a ser directora de orquesta, como tú”. Él la puso en sus piernas y le respondió: “Cuando seas grande, vas a ser todo lo que tú quieras”.

¿Tener veinte años ya era ser grande? Pintura, basquetbol, Ingeniería química, ¿eso era todo lo que ella quería? Sus pensamientos bulliciosos y preguntones la acompañaban mientras

llenaba un termo con agua y tomaba dos manzanas del frutero. Al abrir el refrigerador para sacar un yogurt, vio la nota de su mamá, con su letra estilizada y bonita: “Estaré en el ensayo. Regreso a comer a las cuatro”.

Pintaba un bosque en el crepúsculo. Estaba concentrada en las sombras, prácticamente negras.

—Me gusta que no le tienes miedo al negro —comentó Marcelo, el maestro, de pie a su lado.

Un recuerdo se movió dentro de Olivia, como una lombriz que se retuerce con la luz. “Todos los corazones tienen un lado oscuro”, solía decir Remigio, o como ella le decía, Remi. Ése era otro de sus secretos: pese a todo lo que había pasado y pese a los consejos de su hermana, machacantes como tejolote en molcajete, no pasaba un solo día sin que se acordara de él. Algunos recuerdos eran buenos, pero otros reciclaban un momento específico que había quedado fijo en su mente, y le costaba mucho trabajo no caer en él, como si su memoria se echara una y otra vez por el mismo tobogán. Y cada vez revivía la misma punzada de dolor en el centro del corazón.

—Yo experimentaré con el café —sugirió Marcelo, señalando un área del dibujo.

Olivia resopló. La acuarela no era un terreno donde la experimentación fuera tan fácil. El maestro encogió los hombros, sin darle importancia al resoplido.

—Y si no queda bien, vuelves a empezar —dijo al vuelo.

Ella resopló de nuevo, sin mirarlo. Marcelo Valverde se divertía. Tenía un puñado de alumnos, la mayoría lo trataba con respeto zalamero. “Maestro...”, le decían, pero ella siempre le dijo Marcelo. Aunque la primera vez que lo hizo él sintió un respingo ante la irreverencia, luego le dio risa. No entendía qué hacía estudiando Química en lugar de Pintura.

A las doce y media, Olivia comenzó a lavar pinceles y godetes. Tenía media hora para llegar a la práctica de basquetbol. Al bajarse del coche en la entrada del gimnasio, un mareo la hizo recargarse en la portezuela. “Me bajé muy rápido”, pensó y se encaminó a los vestidores. El mareo no se quitó del todo hasta después del calentamiento. Llevaba quince minutos corriendo tras la pelota, lanzándola, burlando a las demás cuando sintió que algo bloqueaba la entrada del aire, como si cientos de dedos invisibles oprimieran cada alveolo. El mareo regresó veloz mientras ella sentía que sus oídos se inflaban hacia dentro; sintió las rodillas como gelatina y azotó en el suelo cuan larga era. De inmediato el equipo la rodeó. Veía las caras pasmadas de todas mientras hacía un esfuerzo enorme por jalar un aire esquivo, que se negaba a llenar sus pulmones. Manuel, el entrenador, llegó corriendo.

—¡Háganse a un lado! —gritaba—. ¡Déjenla respirar!

Él se hincó a su lado, mirándola asustado. Olivia jadeaba, su cuerpo parecía un hervidero de sensaciones extremas. Sentía la cabeza ligera, casi flotando separada del cuerpo, mientras un raudal de calor subía por su esófago como por la chimenea

de una fábrica, llevando vapor a su cara, forzándolo a salir en forma de sudor frío y pegajoso. Manuel la cargó hasta una banca. Poco a poco, las sensaciones disminuyeron. Sorprendida y espantada, miraba al entrenador y al resto del equipo con los ojos muy abiertos.

—¿Le bajó la presión? —preguntó alguien al ver que Manuel le tomaba el pulso.

—Parece que sí —contestó él—. Olivia, respira hondo.

Ése era el problema.

—No puedo —susurró.

—Inténtalo despacio —insistió él.

Olivia cerró los ojos, sentía la cabeza cada vez más ligera. Aflojó los hombros y comenzó a tranquilizarse; sus pulmones se fueron llenando de aire. Manuel les pidió a las demás que siguieran el entrenamiento. El equipo le dio palmadas en el hombro y regresó a lo suyo. Él se quedó a su lado.

—¿Te había pasado esto antes? —le preguntó.

Ella negó con la cabeza.

—¿Te has sentido cansada?

Olivia torció la boca.

—Siempre tengo muchas cosas que hacer, no duermo mucho —contestó.

—Creo que no es por falta de sueño, Oli —repuso Manuel, mirándola preocupado—. Tus labios y tus uñas estaban azules, de verdad te faltaba oxígeno.

—¿En serio? —preguntó asombrada. Él asintió.

Olivia estuvo sentada el resto de la práctica, tomando agua. Después de un rato se sintió más o menos bien y decidió irse a su casa.

—Espérame un ratito y yo te acompaño, te voy siguiendo en mi coche. Me preocupa que te vayas así.

Ella sonrió levemente, meneando la cabeza. No era para tanto.

—No te preocupes, ya me siento bien. Prefiero llegar pronto a mi casa y descansar un rato.

Él no quitó la cara de preocupación, pero cedió al verla tan decidida.

—Cualquier cosa, te paras, pones las intermitentes y me llamas, ¡llego en cinco minutos!

Su mamá había dicho que llegaba a las cuatro y apenas iban a ser las tres. Después de bañarse, la dominó un sueño pesado y se durmió envuelta en la toalla. Se despertó al sentir frío en los brazos. Se puso unos pants, se peinó antes de que su pelo chino se hiciera una rastamaraña y se volvió a dormir, “nomás un ratito”. Más tarde su mamá le hizo un cariño en la cabeza y la saludó, pero ella sólo se movió en sueños y siguió dormida.

Despertó sobresaltada a las cinco y veinte: de acuerdo con su agenda, a esa hora ya habría comido, y la tarea de Termodinámica química iría bastante avanzada. Oyó voces en el comedor y abrió la puerta de su cuarto. Su casa olía a café.

Su mamá, Diego y Lucas estaban en la sobremesa.

—¿Tienes hambre, dormilona? —le preguntó su mamá.

Diego sonrió al verla y le dijo:

—¿Te acuerdas de Cosa Uno y Cosa Dos, del Dr. Seuss?

¡Porque tienes el pelo igual, con todo y las trenzas!

Lucas y Diego se rieron. Olivia no tenía mucho humor para las niñerías de su hermano y menos aún para las niñerías y vulgaridades de Lucas. No pudo ocultar la cara de disgusto.

—Alguien despertó de malas —comentó Lucas, sonriente.

Ella quería fulminarlo con la mirada. Pocas personas le desagradaban tanto como Lucas. Sin duda el suyo era de los primeros nombres en la lista de gente que no soportaba. Toda su familia le decía Grillo, porque sabía imitar el sonido de los grillos y lo hacía todo el tiempo. Lo conocía desde que eran niños, porque la amistad de él y Diego se remontaba a la primaria. Luego Lucas se había mudado al norte de la ciudad y dejaron de verlo, como si se hubiera ido del país. Pero regresó al sur y a la misma escuela en los últimos años de prepa, y la amistad con Diego se reactivó como si nunca hubieran dejado de verse. Eran almas gemelas. De chicos los tres eran buenos amigos y compañeros de correrías, hasta *ese* día. Lo bueno era que, como Diego estudiaba en Puebla, ella sólo lo veía en su casa algunos fines de semana.

Un plato de sopa caliente apareció frente a ella al mismo tiempo que se escuchaba la voz de Mateo y el sonido de una llave en la cerradura. Su hermana Pía y su sobrino hicieron su entrada triunfal, como siempre, abriendo la puerta de un

empujón. Mateo traía las manos llenas de dinosaurios de plástico. Pía llevaba una bolsa de lona con juguetes surtidos, crayolas, plastilina, cuadernos para pintar y cuanta chuchería era del agrado de su hijo. Olivia fue la primera persona a la que Mateo le enseñó sus dinosaurios. Todo el desagrado que sentía por la presencia de Lucas se desvaneció al ver a su sobrino. Le hizo un cariño en la cabeza mientras él jugaba a que los saurios se devoraban entre sí. Mateo echó una ojeada a los que estaban en la mesa mientras su mamá hacía el recorrido de saludos. Cuando vio a Lucas, fue con él.

—Hazme como grillo —le pidió.

Lucas lo subió a sus piernas y luego imitó a un grillo. Mateo, muy serio, veía fijamente sus labios, esperando que el insecto saliera caminando por la boca de Grillo en cualquier momento. Se quedó en sus piernas y siguió jugando con los dinosaurios. Pía se sirvió un café y se sentó a la mesa. Su mamá los miraba como la oveja mayor observa satisfecha a su rebaño. En esos momentos, su gesto se relajaba notoriamente, las contracciones musculares habituales de su cara —que casi siempre delataban que estaba pensando en algo que merecía una dosis de preocupación— se desplazaban a un lugar donde se sentían en calma. Pero podían crisparse en cualquier momento, venir corriendo al llamado de un silbato, como un perrito entrenado. Pía era experta en hacer sonar ese silbato.

—¿Qué vas a hacer más tarde, Rosana? —le preguntó.

Las palabras *mamá* y *papá* habían quedado enterradas una década atrás, el día que leyó por ahí que eran una forma de sometimiento de la clase media para salvar a la familia nuclear.

—Tengo que ir a ver a tu tía Vicky.

—¡La tuya! —exclamó Pía alzando una ceja.

—También es tu tía.

Pía encogió los hombros.

—¿Cómo está ella? —preguntó Diego, quien también era experto en deslizarse entre las dos para suavizar los roces.

—Pues... como siempre —contestó su mamá con desánimo.

—Como siempre, o sea, aferrada a su vida de planta —terció Pía.

El rictus habitual comenzaba a reptar de regreso al rostro de Rosana.

—No digas eso, no es una planta.

Pía la miró con sorna.

—Yo nada más espero nunca llegar a una vejez en la que no oiga, no vea, no pueda caminar, no tenga control de esfínteres, y una enfermera tenga que cambiarme los pañales. Eso ya es ser una planta —proclamó Pía.

—No, no, ¡ella está muy lúcida! —argumentó Rosana.

—¡Menos mal! ¡Imagínate! Si además se le fueran las cabras, ¡sería una chinga completa!

—¡Pía! ¡Aquí está Mateo! —la regañó su mamá.

—¿Y? —la cara de Pía se contrajo en un gesto de desinterés—. ¡Me oye hablar todos los días!

Mientras le ponía aceite a su ensalada de lechuga con manzana verde, Olivia sonrió sutilmente. Pedirle a Pía que no dijera groserías en la mesa familiar era como pedirle al sol que no calentara en verano. El variado y surtido vocabulario de Mateo ya había hecho ruborizar a sus maestras del kínder.

—¿Y cómo te va con la tesis? —le preguntó de pronto Rosana a Grillo, en un intento obvio por desviar el tema de la tía.

Olivia no tenía interés en la respuesta de Lucas. Mientras masticaba la ensalada, vio su celular. Decenas de mensajes kilométricos de Inés, contándole todos los detalles de su vida, le recordaron su compromiso nocturno. Pero Olivia no tenía la menor gana de arreglarse, tomar alcohol y desvelarse.

—Deja el teléfono —ordenó su mamá.

Bajó el celular a su regazo y siguió comiendo, distraída.

—Pues... todavía no sé de qué la voy a hacer. Ya con terminar la carrera es bastante, yo en realidad no iba a estudiar nada —contestó Lucas con tono desenfadado.

—¿En serio? —le preguntó Pía.

—Pues... no. El que se puso insistente fue mi papá. Yo creí que mi mamá me iba a apoyar, pero ella también se puso insistente.

—¿Insistente? —repitió Diego.

—Yo sé, yo sé que los papás se ponen muy nerviosos con este tema, pero... —comentó Lucas—. A ver, no es que me arrepienta. Filosofía es una buena carrera para alguien como yo, pero el título y todo eso...